

## *Cuando la escultura se diluye en el silencio de la poesía.*

*“Más allá del nihilismo, todos nosotros, entre las ruinas, preparamos un renacer. Aunque pocos lo saben”.*

Albert Camus: *El hombre rebelde*

Fue hacia mitad del siglo XX cuando el pensamiento filosófico dio un paso tan fundamental que desde entonces nuestra visión del mundo y del ser humano no podrían ya volver a ser como antes: se plantea la filosofía concreta – después llamada existencial- como salida al pensamiento abstracto, idealista, que había tratado de abarcar la realidad con la contundencia sistematizadora de la razón. No se trata de dejar nada atrás, pues ya no hay un delante y un detrás, sino de plantear una visión más amplia del hecho mismo de pensar, libre al fin de una idea del progreso que la modernidad había construido con la linealidad propia del relato clásico. A partir de entonces, el pensamiento se abre hacia la experiencia hasta identificarse, tantas veces, con la poesía. “El hombre ha expresado siempre en el arte su concepción del mundo más directamente que en la filosofía”, escribe Giacometti.

El arte en general, y la escultura en particular, van a participar desde entonces de este salto al vacío para adentrarse en un camino que bien podríamos llamar también existencial –o concreto-, y que rozará la poesía en las ocasiones en que ésta alcanza su límite con el silencio.

La obra de Javier Alonso Márquez camina en este sutil laberinto poético que no busca salida, que no precisa ninguna huida conceptual, sino que se afianza en la ingravidez con la confianza que solo da la experiencia de los que, como él, saben volar.

Como dice su querido Borges, “No habrá nunca una puerta. Estás adentro / Y el alcázar abarca el universo”. Los personajes del universo que Javier crea a nuestro alrededor no parecen sufrir en su deambular sin fin, sino que por el contrario, afirman el sinsentido, nos confrontan a nuestra propia deriva al tiempo que nos confortan e incluso, muchas veces, nos invitan a sonreír.

No quisiera caer en la torpe costumbre de encuadrar la obra de un autor entre categorías prefijadas que casi siempre pretenden conjurar la magia de lo

imprevisible: es precisamente en esta dificultad evidente donde se fundamenta su contemporaneidad. La obra de Javier no es solo el diálogo de un volumen determinado con el espacio que transgrede su misma presencia, ni tampoco un discurso sobre lo efímero de nuestra precaria existencia; es además, y sobre todo, el juego eterno de la poesía.

Si la realidad estética es siempre la rememoración de los recuerdos – propios, ajeros o soñados-, el pasado es un laberinto sin salida, y saber orientarnos no nos ayuda a escapar. Volar, caer, caminar..., siempre el proceso, nunca el acabamiento.

Su obra no es tan solo un magnífico desafío al complejo equilibrio entre el volumen y el vacío como ocupación del espacio, sino que también -y esto es desde siempre lo más difícil- permanece atravesada por el tiempo eterno en cada uno de los instantes representados.

El arte ha tratado desde sus orígenes de aprehender el espacio y el tiempo en cada una de sus obras. Seguramente, es en la escultura donde esta audaz pretensión ha resultado ser más huidiza y difícil de apreciar por el común de los espectadores –y acaso también, muchas veces, por los propios escultores-. La música es tal cuando transgrede la sucesión temporal sonido-silencio e inunda nuestro espacio interior. Lo mismo podríamos decir de la poesía: como escribe María Zambrano, el poeta vive enamorado del mundo, “del instante fugitivo”, de sus “múltiples sombras”. Pero ¿Qué decir de la escultura, que tan escolarmente ha pasado por ser la más apegada de las artes a las circunstancias de la materia y su espacialidad volumétrica? Para que un objeto pueda ser considerado escultura ha de transgredir tan pesada materialidad y convertir el instante en una puerta hacia lo desconocido, hacia un tiempo otro que se confunde con lo eterno. ¿Adónde, por qué y durante cuánto tiempo caen los personajes que Javier nos confronta? ¿Acaso tiene final el deambular funámbulo y laberíntico de aquellos otros que tan precariamente guardan equilibrio entre nubes, ramas o inverosímiles escaleras? ¿Hasta cuándo esa extática contemplación del horizonte infinito de aquellos que parecen suspendidos por el hilo invisible de sus propios pensamientos?

El poeta trata de nombrar aquello que no puede decirse; y como los niños, nos recuerda Morey, sabe algo acerca de la naturaleza profunda de las cosas que a menudo los filósofos ignoran. Todos fuimos niños en otro tiempo, y sin saber por qué –cómo, ni cuándo- dejamos de serlo. ¿Por qué se escribe? ¿Por qué hacemos escultura? Javier nos invita en cada una de sus obras a preguntarnos por nuestra propia experiencia de estar vivos: a escucharnos a nosotros mismos, en el silencio.

